LOBO

Aarón Alejandro Romo Arceo

Capítulo 1

“Mátala”, mis lágrimas manchaban las palabras, “por favor”.

“Cuida a la niña”, me dijo, “no va a tocarla”.

“Creo que rezaré toda la noche”.

“No lo hagas. Es lo que Ella quiere”.

Lobo se fue.

“Nacerá”, atravesó mi oído por el auricular, “y lo verás… en tus sueños… lo verás”.

Las entrañas del teléfono en el piso, mi espalda sumida en la pared; a fuerza de llanto, mi cara se descompone. “No, por favor”, las palabras se enclaustraron en el paladar. Todas las noches, las cerraduras, una obsesión. Las ventanas, una veneración religiosa. El cuchillo fundido en mi mano, casi un crucifijo. “Ella vendrá”, me dice mi mujer, “llámalo”.

No iba a hacerlo.

Personas abrasadas por las mil lenguas del fuego, miembros desahuciados del cuerpo sin cariño quirúrgico, deudas socorridas con sangre y huesos fragmentados como rompecabezas. Casi fotografías cuando te hablaban de El Lobo. Siempre la misma tarifa, decían.

Cuando comencé a verla en mis sueños, le pedí a mi mujer su número.

Su mano luchaba por zafarse de la muñeca, escondía la gracia del miedo en el otro bolsillo. Le doy una mirada que no me retribuye, sus ojos son otros. “Está muerta”, me dijo, “no voy a cobrarte”.

“¿Por qué no?”

“Porque tendrás pesadillas por mucho tiempo”, recorre el mundo como si

de pronto fuera ajeno a sus recuerdos, “tal vez yo también”.

Se marchó sin despedirse.

Compré otro teléfono. Ella nunca nos volvió a llamar.

¿Qué retiene mis ganas de entregarme a mi cama como un sacrificio?

Lobo pasa casi siempre en su vehículo, más de una vez, y admira la casa.

Siempre esconde las manos. No sé qué arma oculte.

Sonó el teléfono, la voz de Lobo, “nunca reces”. Colgó.

Me acosté. No dormí.

FIN